



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

**PERFILES
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

Latapí Sarre, Pablo (1998)
“RESEÑA: LA EDUCACIÓN PRIVADA EN MÉXICO 1903-1976”
en Perfiles Educativos, Vol. 20 No. 79-80 pp. 149-152.

La educación privada en México 1903-1976

DE VALENTINA TORRES SEPTIÉN

México, El Colegio de México y Universidad Iberoamericana,

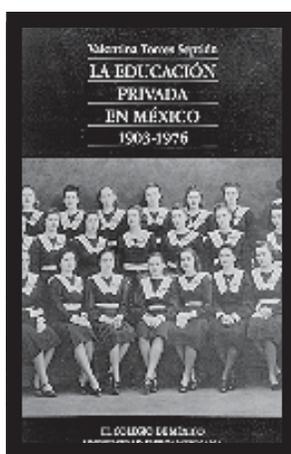
1997, 474 pp.

por PABLO LATAPÍ SARRE*

Los estudios sobre la historia de la educación en el país han cobrado gran impulso en años recientes, pero en ellos la enseñanza privada suele ocupar un muy pequeño espacio; se la menciona globalmente sin atender mayormente a las vicisitudes de su desarrollo; se consigna su existencia sin ponderar sus fortalezas y debilidades.

Este tratamiento no corresponde a su importancia cuantitativa y cualitativa. Al presente la enseñanza privada atiende a proporciones considerables de los alumnos del sistema educativo nacional, sobre todo en los niveles posbásicos: 7.7% en preescolar, 6.3% en primaria, casi 7% en secundaria, 19% en el bachillerato, 23% en la enseñanza profesional media, 29.1% en la normal, 24.5% en los estudios de licenciatura y 32.2% en los de posgrado (SEP, Informe de labores 1996-1997). En el nivel superior el crecimiento de la matrícula de licencia-

* Investigador del CESU-UNAM.



tura en los dos últimos años ha dependido casi en su totalidad de la enseñanza privada: de 23 600 plazas creadas en 1996 y 1997, 22 300 corresponden a instituciones particulares. Durante los últimos siete años el alumnado privado de este nivel casi se ha duplicado.

Más allá del ámbito estrictamente educativo, el conocimiento de la historia de la educación particular resulta indispensable para comprender fenómenos fundamentales de la actual sociedad mexicana: la formación y reproducción de sus élites, la confor-

mación ideológica del catolicismo de las clases medias y altas que ha nutrido desde los años treinta importantes movimientos sociales y partidos de oposición, o los conflictos político-religiosos que continúan presentes en la conciencia del Estado y de la Iglesia. No es posible comprender cabalmente el desarrollo de la educación nacional ni el del país sin reflexionar en la enseñanza privada y su significado.

Por esto hay que celebrar la publicación del libro que nos ocupa, primera historia sistemática y documentada sobre el tema que organiza, analiza y ofrece a discusión la accidentada evolución de la enseñanza particular, principalmente la católica, desde fines del porfiriato hasta años recientes, y da cuenta de su ideología, sus conflictos con el Estado, sus sistemas y métodos pedagógicos, la formación de sus profesores, las características de sus alumnos y su impacto en la construcción de la sociedad mexicana. Los datos, interpretados por el

juicio sereno de la autora, destruyen el estereotipo de una enseñanza privada monolítica, inexorablemente clasista y exclusivamente urbana. Sorprende, por ejemplo, el elevado número de escuelas gratuitas o de muy bajas colegiaturas que atendía la educación católica en el porfiriato (p. 56), tendencia que se continúa hasta tiempos recientes: algunos estudios de los años sesenta y setenta comprobaban que más de la mitad de las escuelas religiosas atendían alumnos de bajos ingresos en sus primarias y una tercera parte lo hacían en los niveles de secundaria y preparatoria o en las ramas comercial y normal, hechos, desde luego, que no disminuyen ni disculpan el elitismo de sus planteles más representativos.

La tesis central del libro es que la enseñanza católica —principal contingente del universo privado— logró sobreponerse a las dificultades de un entorno político que le fue hostil durante muchas décadas; empeñada en el cumplimiento de sus objetivos religiosos, sacó adelante un proyecto educativo diferente del oficial; “los particulares han sido los grandes vencedores” (p. 379), afirma la autora, al conquistar el lugar social que se les negaba y obligar al Estado a aceptar su diversidad (aceptación, puede añadirse, plasmada en las recientes reformas del artículo Tercero

constitucional). Esta tesis reflejaría, en el ámbito educativo, el proceso más amplio de reconciliación del Estado con la Iglesia a lo largo del siglo.

Tras su primera expansión en las postrimerías del porfiriato (por esos años llegan al país —o regresan— las principales órdenes y congregaciones docentes), las escuelas católicas se enfrentan a extremas dificultades por la Revolución y la persecución religiosa. Los años cuarenta marcan el inicio de una larga negociación con el Estado; aceptan el juego de simulaciones que se les impone y apuestan a una callada demostración de su fuerza; así logran expandirse y consolidarse. La polémica del libro de texto gratuito y único —que en el fondo versa sobre las atribuciones educativas del Estado— en nada debilita sus avances.

Ya en los setenta (el libro termina en 1976), otros fenómenos la afectan: los cambios del Concilio Vaticano II que inauguran una nueva actitud de la Iglesia hacia las realidades temporales y la cultura, la autocrítica que realizan algunas congregaciones docentes, la disminución del personal religioso y las tendencias “desescolarizadoras” obligan a muchos religiosos a reexaminar y en parte rectificar sus tareas educativas.

Particular interés despier-ta el análisis del elitismo de las

escuelas católicas más representativas: “La educación privada en México fue un claro ejemplo de reproducción de estructuras; es decir, se la consideraba un factor importante en la transmisión de ‘órdenes’ sociales que en ocasiones resultaban desiguales e injustos” (p. 305). Estas escuelas, por su propósito de formar líderes que influyeran en la conducción social, por la selección de sus alumnos, su aspiración a una “excelencia académica” que obligaba necesariamente a elevar sus colegiaturas y por algunas de sus prácticas pedagógicas que inculcaban valores meritocráticos y una conciencia de superioridad en sus alumnos, acabaron prestando un servicio de clase, más que logrando una formación profunda en los valores cristianos. El libro consigna el hecho y ofrece testimonios interesantes, como el siguiente (de un historiador de las escuelas la-sallistas que reflexiona sobre este fenómeno muchos años después): los alumnos de los años treinta eran “bien conservados, muy corteses, inteligentes, desarrollados, fácilmente llevados a la piedad”, pero también “de carácter bastante egoísta, faltos de energía y de voluntad, de temple, consecuencia del hábito del bienestar, de la extrema facilidad que tenían para contentar sus caprichos y la debilidad reconocida de sus padres”; el his-

torizador concluye que “poco se puede cambiar a este retrato 55 años después” (p. 307).

Estudios posteriores han documentado esta contradicción esencial de las escuelas católicas orientadas a las clases pudientes; atrapadas por los hábitos de vida y los valores de su clientela, no pueden contrarrestar influencias que acaban por hacer imposible su misión. Cuando en los setenta algunas congregaciones y grupos religiosos decidieron enfrentar los hechos y cambiar sus destinatarios, otros —como el Opus Dei y los Legionarios de Cristo— los suplantaron de inmediato, proveyendo el servicio educativo que las clases acomodadas demandaban y estaban dispuestas a pagar. Parece que en las circunstancias de la sociedad mexicana, que opera con base en profundas exclusiones, y de una Iglesia que se resiste a esclarecer sus ambigüedades en el juego social, la fórmula de la escuela católica cae en una trampa inevitable: en la medida en que se empeña en ofrecer una mejor educación, encarece sus costos y se vuelve excluyente y exclusiva, con lo que entra en contradicción con las dos exigencias básicas de una educación cristiana; abrir a los alumnos a la realidad social en toda su complejidad, y formar en ellos la sensibilidad al prójimo, sobre todo al más necesitado.

Tengo algunas observaciones relacionadas con el tratamiento que se da en el libro a la autocrítica que, en los setenta, llevaron a cabo algunas congregaciones docentes a su tarea educativa. En mi opinión, el texto no da suficiente peso a la tesis “desescolarizadora” de Iván Illich, que por esos años tuvo bastante repercusión en el medio católico. La autora reseña esta tesis sólo en cuanto la retoma un documento del Episcopado (sobre la reforma educativa de 1972, en p. 226), pero sin valorar suficientemente su impacto.

Por otra parte, no se menciona en el texto un documento clave —llamado el “documento de Oaxtepec”—, elaborado en diciembre de 1971 por un grupo de jesuitas latinoamericanos dedicados a obras educativas, que constituyó la más importante posición crítica después de la Conferencia del CELAM en Medellín. Esta ausencia quizás se explique por tratarse de un documento de difícil acceso.

Se cometen también, en mi opinión, dos exageraciones, al abordar la autocrítica de los colegios católicos. La una, suponer que los cuestionamientos y los cambios que les siguieron fueron un fenómeno generalizado y homogéneo en el medio de la educación de la Iglesia mexicana. No fue así; varió mucho en intensidad de congregación a congregación

y dentro de cada una de ellas. En el caso de la Compañía de Jesús, los grupos contestatarios distaron mucho de ser mayoritarios, aunque obtuvieron el respaldo de su provincial (el cual inclusive tomó la decisión de clausurar el Instituto Patria). Otra exageración, en mi opinión, es interpretar el “Estudio de los Colegios de la Compañía de Jesús”, elaborado por el Consejo de Apostolado Educativo de la Provincia Sur, en 1969, como una posición “de los jesuitas” (p. 283); fue un estudio independiente, que el provincial decidió que se hiciera y obligó a los colegios a financiar, pero que nunca representó una opinión institucional; de hecho los Colegios jesuitas fuertemente reaccionaron en contra de él.

Quizás conviniera completar la exposición de esas reacciones de las congregaciones docentes mencionando los conflictos humanos y de vida religiosa que ese debate provocó. En algunas congregaciones hubo rupturas y distanciamientos muy dolorosos entre los grupos innovadores y los conservadores, que duraron muchos años.

Por último, quisiera destacar tres elementos que el libro ofrece para formarse una opinión sobre la influencia de la educación privada en el desarrollo de la sociedad mexicana.

Uno es el impacto que han tenido sobre la calidad de las

escuelas públicas las mejores escuelas particulares, que operan con más libertad y mayores recursos que aquéllas y con frecuencia se apoyan en una rica tradición pedagógica. Aunque es casi inexistente el apoyo directo de estas escuelas a las oficiales, no son pocas las innovaciones curriculares y didácticas que se han originado en las privadas y que las autoridades generalizan al conjunto del sistema educativo; un ejemplo sería la enseñanza de la ciencia. Esta influencia se ha dado también por otras vías, como la preparación de los maestros (actualmente cerca de 50% de los profesores de primaria del Distrito Federal provienen de normales particulares) o la presión de la competitividad y la demostración que ha ayudado a elevar los estándares académicos de la enseñanza pública.

Un segundo aspecto sería el impacto extranjerizante de algunas escuelas privadas, incluyendo en cierta época algunas católicas. Si en la primera mitad del siglo no pocas escuelas católicas hacían énfasis en el conocimiento y aprecio de otros países en detrimento de los valores de México, debido al origen de los religiosos que las organiza-

ban, en las décadas siguientes corrigieron estas desviaciones. Distinto es el caso de las escuelas no confesionales cuya razón de ser es la atención de minorías específicas nacionales o religiosas (como el Colegio Americano, el Alemán, el Liceo Franco-Mexicano, el Mexicano-Japonés o las escuelas israelitas y mormonas); en muchos casos no ha sido satisfactoria la manera como conjugan su legítimo propósito de formar a sus alumnas en una tradición extranjera con sus obligaciones elementales hacia el país que las hospeda. El libro ofrece testimonios bastante preocupantes respecto a la historia antigua y reciente de algunas de estas escuelas.

Finalmente resta la pregunta más general sobre la influencia de la enseñanza particular, y específicamente la católica, en la conformación de las llamadas “clases dirigentes”. Desde el porfiriato hasta nuestros días los colegios privados de mayor renombre han reforzado en sus alumnos identidades y relaciones que les facilitan el acceso a los circuitos del poder empresarial, profesional, financiero o político; muchos de sus egresados han alcanzado los puestos más

elevados en las diversas jerarquías. Qué tanto se reflejen los criterios y valores cristianos —supuesta razón de ser de la escuela católica— en los comportamientos de esas élites queda como pregunta abierta a las valoraciones personales (y a las peculiares maneras como entienden algunas congregaciones religiosas mexicanas los compromisos sociales de la fe cristiana).

La autora detiene su historia en 1976. De entonces acá dos fenómenos muy preocupantes se han agudizado en el panorama de la enseñanza privada destinada a las élites: la influencia extranjerizante que llega en algunos casos a la desvergüenza y el exclusivismo social que llega al escándalo, ambos están evidentemente articulados a las dinámicas de la “modernidad” neoliberal que sufrimos. Como fenómenos profundamente disruptivos de nuestra cohesión social (o de lo que de ella queda), ambos son bastante más peligrosos para el futuro de la nación, creo yo, que lo que fue en otro tiempo la perseguida clase de religión.

Felicitémonos, pues, por contar con este estudio que recupera una historia olvidada.